

FERNANDO VIDAL Y FRANCISCO ORTEGA

¿Somos nuestro cerebro?

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO CEREBRAL

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Being Brains: Making the Cerebral Subject*
Traducción de Hagai Yosef Leal Guerrero. Revisada por Fernando Vidal y Francisco Ortega

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2017 Fordham University Press
© de la traducción: Hagai Yosef Leal Guerrero, 2021
© del prólogo a la edición española: Fernando Vidal y Francisco Ortega, 2021
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-189-0
Depósito Legal: M. 2.705-2021
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Bethânia y Luisa
F. O.

Para Nicole
F. V.

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	13
AGRADECIMIENTOS	19
INTRODUCCIÓN	21
Los territorios recorridos	28
Un triple argumento	31
1. LA GENEALOGÍA DEL SUJETO CEREBRAL	35
¿Qué es el sujeto cerebral?	35
El sujeto cerebral en la modernidad	45
La localización cerebral en la antigüedad	51
El alma de un hurón y el cerebro de Montesquieu	56
«El hombre será cada vez más un animal cerebral»	61
La búsqueda de las localizaciones cerebrales	65
La neuroascesis: salud para el sujeto cerebral	71
Los ejercicios para el cerebro doble	72
La disciplina frenológica	76
La autoayuda cerebral	79
La neuróbica contemporánea	82

2.	LAS NEURODISCIPLINAS	89
	Una visión general de las neurodisciplinas	94
	El caso de la neuroética	98
	¿A qué le temen los humanistas?	104
	Algunas consideraciones sobre la neuroimagen	112
	Las neurodisciplinas de la cultura	121
	La neurologización de la cultura	124
	Causas, correlaciones, plasticidad	127
	Las prácticas de investigación	131
	La diversidad cultural como «neurodiversidad»	135
	De la cultura al cerebro	139
	El problema de la cultura	144
	Las variedades de la investigación neuroestética	147
	La belleza	154
	La empatía	164
3.	LA CEREBRALIZACIÓN DEL SUFRIMIENTO PSÍQUICO	177
	Los motores de la cerebralización	178
	El nexo farma-psi	180
	La globalización	183
	Los biomarcadores	186
	La crisis del modelo «bio-bio-bio»	188
	La depresión	193
	¿Exactamente como la diabetes?	195
	La neuroimagen de la depresión	200
	En busca de «objetividad»	203
	Un anhelo de causalidad	207
	Una vez más, «exactamente como la diabetes»	214
	La neurodiversidad	220
	El autismo como fenómeno biosocial	222
	Culturas autistas y neurodiversidad	229
	Cuestiones identitarias: ¿ser autista o tener autismo?	231
	Amar y odiar el cerebro propio	236
	La política de la identidad y la «revolución de la neurociencia»	245
4.	CEREBROS EN LA LITERATURA Y EL CINE	251
	Las neuronarrativas y la neurocrítica literaria	254
	Las variedades de la ficción neurológica	258
	La narrativa neurológica	262
	Las neuronovelas y el solipsismo	266
	¿Cerebralizar la memoria?	268
	Neurotrasplantados y amnésicos en el cine	272
	La cerebralización de <i>Frankenstein</i>	273
	Partes del cuerpo y cabezas vivas	276
	Trasplantes de cerebro: ¿permanecer igual o convertirse en otra persona?	278
	Las películas sobre la memoria	285

La «cerebralidad» del yo y la memoria	286
La identidad personal y la autenticidad de la memoria	289
EPÍLOGO	297
BIBLIOGRAFÍA	303

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El cerebro en cuarentena

Quien escribe sobre un tema muy actual se arriesga a estar rápidamente desactualizado. Lo temíamos antes de que *¿Somos nuestro cerebro?* se publicara en 2017 y, con mayor razón aún, unos años más tarde, en vísperas de su publicación en español. Pero el cerebro, y sobre todo quienes creen que todo lo explica, no descansa y el confinamiento global por la pandemia ha provisto amplias oportunidades para reafirmar la ideología que *¿Somos nuestro cerebro?* examina y critica.

En un artículo sobre la «psicología de las “fake news”» —pero intitulado «Así presiona tu cerebro para que te creas los bulos» (Rius, 2020)—, una doctora en ciencia cognitiva informa de que la predisposición a aceptar noticias falsas sobre el coronavirus se debe al llamado «sesgo de confirmación», que nos inclina a aceptar como verdadero lo que corresponde con nuestras creencias e ideas preconcebidas. Ahora bien, la razón de este comportamiento es que, como «al cerebro le cuesta mucho [...] crear un aprendizaje», tiende «a creerse» lo que en-

caja con lo que ya sabe. En resumen, dice la científica, el sesgo de confirmación viene de que «el cerebro es vago, ahorra energía». El refuerzo social que viene de compartir un bulo también contribuye a que nos lo creamos, y eso, explica la doctora, es porque el sentirnos valorados «nos provoca un chute de dopamina, activa el mismo circuito cerebral que si practicáramos sexo o consumiéramos una droga, proporcionándonos placer». A eso se limita un artículo que tiene bastante de psicología social y casi nada de neurociencia. Proporción típica de un universo donde el barniz *neuro*, por delgado que sea, hace que cualquier hecho parezca más real, y cualquier información, más legítima y convincente.

La neurociencia de la cuarentena también revela por qué somos seres sociales: «La soledad activa los mismos mecanismos cerebrales que la falta de comida» (Salas, 2020a). Un experimento realizado en el célebre Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés), destinado a observar la reacción cerebral de sujetos sometidos, en días distintos, a la privación social y de alimentos, llegó a la conclusión de que el «aislamiento provoca hambre de contacto social» —y no en sentido metafórico, ya que «el aislamiento social agudo causa señales de deseo neuronal en el cerebro similares al hambre aguda»—. Los resultados del experimento son claros, y se ajustan, dice el artículo científico, a «la idea intuitiva de que las interacciones sociales positivas son una necesidad humana básica, y la soledad aguda es un estado indeseable que empuja a las personas a solucionar esa carencia, similar al hambre». Además de olvidar que las neuronas no pueden experimentar deseo, los autores parecen creer que mostrar que se usan los mismos circuitos cerebrales al ansiar sexo, comida o contacto social explica el uso masivo de tecnologías de comunicación durante la cuarentena. Nuevamente, la referencia a «nuestros circuitos» cerebrales parece desentrañar las causas de hechos social y culturalmente complejos. Y, como en la mayoría de este tipo de investigaciones, lo «neuro» confirma lo obvio bajo la forma de lo tautológico: los «sujetos del estudio que estaban más acostumbrados a la soledad señalaban tener menos ansias de contacto social después del aislamiento».

Además de mostrar que durante la pandemia de coronavirus nuestro cerebro nos presiona para creer las *fake news* y se despierta en él un deseo neuronal de sociabilidad, la neurociencia elucida «el peligroso

placer de insultar desde los balcones» que infelizmente se observó en algunas ciudades españolas, explicando que «castigar a terceros proporciona satisfacción al cerebro» (Salas, 2020b). Estudios por resonancia magnética funcional muestran que el «castigo altruista» (castigar a un extraño por comportarse injustamente con otro desconocido) genera una mayor actividad en los centros de placer del cerebro. El encabezamiento del artículo destaca el papel explicativo de la neurociencia; pero el artículo mismo, por las personas que cita y las informaciones que proporciona, demuestra que el dato «neuro» no hace más que agregar una pincelada de cientificidad aparente, y para nada necesaria, a las investigaciones de la antropología y la psicología social. Una vez más, se proclama —al mismo tiempo que indirectamente se desmiente— el poder de la neurociencia para dar cuenta de los más complejos fenómenos sociales y culturales.

En resumen, la cuarentena durante la que escribimos estas líneas muestra que las páginas que siguen no han perdido actualidad, y que la neurociencia tiende a estar de más justamente cuando pretende explicar esos fenómenos. La creencia que fundamenta el neurocentrismo que se ha globalizado desde los años noventa dice que el ser humano es esencialmente su cerebro —y que la neurociencia lo demuestra—. *¿Somos nuestro cerebro?* desmonta ese mito desde un punto de vista histórico, mostrando que la idea del ser humano como «sujeto cerebral» poco y nada tiene que ver con conocimientos sobre el cerebro. Al mismo tiempo, el libro sitúa a la ideología cerebralista en un territorio amplio que incluye el mercado de la autoayuda, las prácticas de investigación científica, la formación de movimientos colectivos en salud mental, el desarrollo de disciplinas universitarias, el cine y la literatura.

Los artículos de prensa que acabamos de citar son perfectamente representativos de los fenómenos que estudiamos, pero no son más que la punta del iceberg. En los pocos años que separan esta traducción de su versión original, el tipo de material que presentamos y analizamos no ha parado de crecer. En múltiples ocasiones, al revisar la versión en castellano notamos que podríamos actualizar la bibliografía, presentar nuevos ejemplos y documentar desarrollos en los campos que estudiamos. Al final decidimos no hacerlo, ya que constatamos que no representaría ninguna diferencia para nuestro argumento. Merece la pena en cambio subrayar que existen sobre temas afines y con enfo-

ques parecidos investigaciones que no mencionamos. En este ámbito, como en otros, el inglés es la lengua que concentra, con diferencia, la mayor cantidad de publicaciones. No sólo hay más, sino que se encuentran más fácilmente. Las bases de datos, los buscadores y los índices de citaciones y de impacto funcionan en esto como una maquinaria de excluir. Como el dominio del inglés resulta más inocuo en el original que en la traducción, deseamos al menos dejar constancia de que hay algunos trabajos en castellano. Por ejemplo, *El mito del cerebro creador*, de Marino Pérez Álvarez (Madrid, Alianza Editorial, 2011), trata del «cerebrocentrismo» como moda, mito e ideología que lleva a descuidar la conducta y la cultura en la conformación del ser humano.

Las numerosas reseñas de la versión inglesa han ofrecido críticas y observaciones interesantes. Hemos renunciado a modificar el texto en función de éstas, pero deseamos destacar algunas. En primer lugar, el «neuroimperialismo» que describimos podría entenderse como un giro contingente en un equilibrio siempre precario. Ello presupone que en algún momento surgirá otra posición dominante, lo cual es sumamente difícil de anticipar. Lo que sí hemos intentado hacer, como señalan otros comentarios, es estudiar cómo, en contextos delimitados, lo «neuro» coexiste con visiones distintas de lo humano, y en general se presta a utilizaciones muy diferentes, incluso contradictorias.

En segundo lugar, dado que observamos el carácter superfluo de muchas investigaciones neurocientíficas sobre cuestiones de índole psicológica, humanística o antropológica, como por ejemplo las preferencias estéticas, los juicios morales o las diferencias interculturales, ha podido sorprender que les demos relieve dedicándoles buena parte de nuestro libro. Entendemos la sensación de sorpresa, pero, como señalamos, el inexorable destino de la crítica es que al llamar la atención hacia su objeto puede ayudar a perpetuarlo, dándole incluso «armas» para su defensa. La única solución es ser consciente de ello y tratar de atenuar sus efectos.

En tercer lugar, está la cuestión de la causalidad histórica. Tal vez porque el tema de *¿Somos nuestro cerebro?* puede parecer puramente contemporáneo, la reconstrucción histórica que presentamos no siempre se ha entendido de manera correcta. Se nos ha reprochado que examinamos el «cómo» de la visión neurocéntrica, pero no su «porqué», dando así la impresión de que su aparición fue inevitable en vez de históricamente contingente. Más allá del hecho de que las causas son

siempre múltiples y casi indefinidamente revisables, creemos, al contrario, que el haber situado esa visión en una perspectiva de relativa larga duración histórica propone una respuesta, pero que ésta se ha perdido a veces de vista debido al carácter predominantemente contemporáneo del asunto que tratamos.

En cuarto lugar, se ha hecho notar que hablamos de las ciencias humanas como si tuvieran un objeto de estudio o un campo específico propio, y más generalmente como si hubiera objetos previos a las disciplinas y por consiguiente métodos predefinidos para estudiarlos. Ciertamente es que podemos haber dado esa impresión al rechazar la preeminencia epistémica de las neurociencias y reivindicar el papel de las ciencias humanas para el estudio de los fenómenos humanos complejos. Pero este papel, a nuestro entender, no proviene de una armonía preestablecida o de una esencia cognoscitiva, sino de la pragmática de la construcción del conocimiento. Vale la pena decirlo para disipar malentendidos.

Finalmente, se nos ha acusado de no decir nada positivo sobre las «colaboraciones» que existen entre las ciencias humanas y las neurociencias y de manifestar una «hostilidad abrumadora» hacia quienes tomaron el camino neurocéntrico. Más que de una hostilidad, hablaríamos de un escepticismo informado y documentado. El diálogo entre las disciplinas es necesario para sobreponerse a dicotomías sin solución (biología e historia, naturaleza y cultura, razón y emoción); pero, si se quiere instaurar un diálogo, hace falta recorrer el camino en los dos sentidos, y para ello se debe renunciar a una jerarquía de saberes donde lo «neuro» ocupa la cumbre. Esto todavía es, en la mayoría de los casos, una asignatura pendiente.

De cualquier manera, nos juzgará quien nos lea, y aquí no nos queda más que darles las gracias a nuestras críticas y críticos, pasados, presentes y futuros.

Agradecemos para terminar a Jaime Rodríguez Uriarte, nuestro editor, y a Valeria Ciompi, directora editorial de Alianza, su apoyo durante el proceso de evaluación y preparación de esta traducción. Nos da mucha alegría, tras tantos años de vivir, trabajar y escribir en otros idiomas, ver este fruto de nuestra colaboración publicado en nuestra lengua materna.

Barcelona y Río de Janeiro, junio de 2020

Referencias

- Rius, Mayte (2020): «Así presiona tu cerebro para que te creas los bulos». *La Vanguardia*, 25 de mayo. <https://www.lavanguardia.com/vivo/psicologia/20200517/481131234706/cerebro-creer-bulos-fake-news.html>.
- Salas, Javier (2020a): «El aislamiento provoca hambre de contacto personal». *El País*, 4 de abril. <https://elpais.com/ciencia/2020-04-04/el-aislamiento-provoca-hambre-de-contacto-personal.html>.
- (2020b): «El peligroso placer de insultar desde los balcones». *El País*, 27 de marzo. <https://elpais.com/ciencia/2020-03-27/el-peligroso-placer-de-insultar-desde-los-balcones.html>.

AGRADECIMIENTOS

Este libro está basado en investigaciones que llevamos a cabo juntos y por separado durante varios años. Desde el inicio tuvimos en mente publicar un libro, y la producción de éste nos ha llevado a reelaborar e incorporar materiales que hemos publicado en distintos momentos como artículos o capítulos de otros libros. A lo largo de estos años también hemos acumulado, igualmente juntos o por separado, numerosas deudas institucionales e intelectuales. Aquí sólo podemos mencionar algunas.

Diversas instituciones nos han apoyado generosamente: el Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico del Brasil (CNPq), la Fundación Carlos Chagas Filho para el Apoyo de la Investigación del Estado de Río de Janeiro (FAPERJ), la Coordinación Brasileña para el Desarrollo del Personal de Alto Nivel (CAPES), el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), el Instituto de Medicina Social de la Universidad Estadual de Río de Janeiro, el Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia (Berlín), la Institución Catalana de Investigación y Estudios Avanzados (ICREA) y el Centro de Historia de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Barcelona (CEHIC).

De Tokio a Ciudad de México, y de Montreal a Buenos Aires, hemos intercambiado ideas y opiniones con muchas personas y presentado nuestro trabajo en numerosas ocasiones frente a públicos muy distintos en un gran número de instituciones.

Le estamos especialmente agradecidos a Lorraine Daston, directora hasta 2019 del Departamento II del Instituto Max Planck para la Historia de la Ciencia, por sus valiosos comentarios y por propiciar numerosas oportunidades de que realizáramos nuestro trabajo conjunto.

Joelle Abi-Rached, Maurizio Meloni y Nikolas Rose han estado entre nuestros más estimados interlocutores críticos. Nuestro querido amigo Antonio Battro nos invitó a la escuela internacional de verano sobre mente, cerebro y educación, organizada en la Fundación y Centro para la Cultura Científica Ettore Majorana en Erice (Sicilia), donde nos beneficiamos de interesantes discusiones en un entorno único.

Francisco Ortega está particularmente agradecido con el departamento de Social Science, Health and Medicine del King's College de Londres, en el cual fue *senior visiting research fellow* en 2012-2013. También a Dominique Behague, Benilton Bezerra, Jurandir Freire Costa y Rafaela Zorzanelli.

Fernando Vidal les agradece especialmente a la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y a la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro su hospitalidad. También les da las gracias a Nicole Vidal, Suparna Choudhury, Nicolas Langlitz y Claudia Swan.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo se llegó a pensar que los seres humanos somos esencialmente nuestros cerebros? ¿Por qué esta idea debería considerarse un «credo» y no la expresión o el corolario de un «hecho científico» comprobado? ¿Cómo se manifiesta en nociones y prácticas a lo largo y ancho de una gran variedad de ámbitos en muchas sociedades contemporáneas? ¿Tiene esa creencia impacto en la vida real de las personas y, si ése fuera el caso, cómo y en qué medida? Ésas son las preguntas fundamentales que nos proponemos explorar en este libro.

Ya hace mucho dejó de ser noticia el hecho de que, desde la llamada «década del cerebro» de los años noventa, ese órgano se ha convertido en un objeto central de atención. A partir de la década siguiente, dicha atención se volvió un objeto de considerable interés para especialistas de las ciencias humanas; los antropólogos, los estudiosos de la discapacidad, los historiadores y los sociólogos han examinado aspectos de lo que ha sido diversamente denominado «el giro neural», «el giro neuro» y «el giro neurocientífico». En ese marco, es importante tener en cuenta que, aunque tales denominaciones a veces hacen refe-

rencia a proyectos que surgieron en las mismas ciencias humanas (por ejemplo la neuroantropología, la neuroeducación, el neuroderecho o la neuroteología), también aluden a un fenómeno mucho más amplio.

La investigación neurocientífica recibe generosa financiación en Norteamérica y Europa, la Organización Mundial de la Salud ve en los problemas neurológicos una de las mayores amenazas para la salud pública global y, aunque todavía se habla de «salud mental», sucesivos directores del Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos (NIMH, por su sigla en inglés), la institución científica más grande del mundo en el área, han insistido en que los trastornos mentales deben ser entendidos y tratados como enfermedades cerebrales. Más allá de la investigación y las prácticas clínicas, el cerebro y la información neurocientífica forman el núcleo de un vasto universo que va de iniciativas crasamente comerciales a elevadas especulaciones metafísicas. En ese universo, el uso indisciplinado del prefijo «neuro», así como su frecuentemente cómico abuso, son pequeños signos que confirman la existencia de un fenómeno de gran escala¹.

A lo largo de los años durante los cuales hemos presentado juntos o por separado los temas de este libro, hemos sido elogiados por criticar el «giro neuronal» en relación con cuestiones de cultura y sociedad, casi tanto como acusados de estar «en contra» de las neurociencias o de las técnicas de neuroimagen, de rechazar las interacciones potencialmente valiosas entre las ciencias del cerebro y las ciencias humanas o de exagerar el impacto de lo «neuro» en las sociedades contemporáneas². Dado que aquí corremos el riesgo de vernos en la misma posición, queremos comenzar intentando ser claros.

Más allá de las consideraciones acerca del valor intrínseco del conocimiento, resulta cuando menos ingenuo pensar que alguien podría estar en contra de ciencias y métodos que muestran que un gran número de personas diagnosticadas como «en estado vegetativo» pueden tener niveles mínimos de conciencia, u oponerse a investigaciones que ayudan a entender y tratar las demencias o a demostrar el impacto dramático de la pobreza en el desarrollo infantil. No estamos en estos ca-

¹ Con respecto al uso y abuso del prefijo «neuro», véase, por ejemplo, Muzur & Rinčić (2013).

² El uso de la categoría «neuro» no es un intento de reificar algún aspecto del universo que examinamos en este libro, sino meramente una manera concisa de designarlo.

sos «en contra» de nada. Pero sin lugar a dudas criticamos las afirmaciones más extravagantes y las aplicaciones más ligeras de lo «neuro». No nos convenceremos de que la belleza pueda ser definida como una cualidad de los objetos que se correlaciona con la «activación» de la corteza orbitofrontal media, o de que semejante definición pueda servir de base para juzgar obras de arte o para explicar la experiencia estética. Tampoco pensamos que los enfoques neurobiológicos, ya estén éstos inspirados por la convicción o el oportunismo, sean siempre apropiados o incluso relevantes para dar cuenta de fenómenos humanos complejos. Dicho de manera más general, no tomamos lo «neuro» como algo que «se da naturalmente», y cuestionamos la mayoría de las interpretaciones del lugar común según el cual «la mente es aquello que el cerebro hace».

Esa posición se ha ido consolidando a lo largo de nuestra investigación. Desde inicios de la década de los 2000, historiadores y especialistas de las ciencias sociales han reflexionado sobre el surgimiento, las formas y el funcionamiento de lo «neuro» en la cultura contemporánea. Nos hemos beneficiado de sus trabajos, pero no nos ocupamos de la historia y la sociología de las neurociencias; tampoco intentamos desentrañar las dinámicas de la «governabilidad biopolítica» como tal, ni dilucidar cómo lo «neuro» puede representar ideales tecnocráticos o transmitir «preceptos neoliberales sobre la libertad de elección, la flexibilidad, el autocuidado y la responsabilidad personal»³. En cambio, examinamos las raíces de la idea según la cual los seres humanos, como personas, son esencialmente sus cerebros, así como las principales formas e implicaciones conceptuales y prácticas de dicha idea. Si bien no exploramos explícitamente las repercusiones biopolíticas de las neurociencias o del «boom de las ciencias de la vida» en la teoría política (Meloni, 2012), *¿Somos nuestro cerebro? es político* en la medida en que se ocupa, de manera selectiva pero sistemática, de procesos que afectan a la vida de las personas, la constitución de subjetividades y la distribución del poder en la sociedad. Su dimensión política está relacionada con las maneras en las que lo «neuro» termina involucrado en el «gobierno de los vivos», interviene en vidas humanas y participa en proce-

³ Cromby y Williams, 2011: 217. Véanse también Cooter, 2014; Maasen y Sutter, 2007; y Pitts-Taylor, 2010.

tos de subjetivación (Rose y Abi-Rached, 2014). Esa dimensión atraviesa todos los contextos que examinamos en este libro y remite a otros procesos locales y globales de interacción entre conocimiento, intereses y valores, tales como el surgimiento del movimiento de salud mental global o el impacto de la industria farmacéutica en la organización de los servicios de salud.

¿Podemos ocuparnos de manera «neutra» de la historia y las formas de procesos de los que somos contemporáneos? Reconstruir la genealogía del giro neurocientífico acaecido a finales del siglo xx y delinear la topografía de lo «neuro» nos permite abordar críticamente ambos fenómenos, pero también conlleva de modo inherente un propósito crítico. Al hablar de «genealogía» no pretendemos adherirnos estrictamente al pensamiento de Michel Foucault, pero sí manifestar nuestra afinidad con su idea de la genealogía como una «historia del presente», como una forma de análisis y narrativa que comienza con un diagnóstico y con preguntas acerca de una situación actual y que reconoce que «escribir una historia *del* presente significa escribir una historia *en* el presente, consciente de estar en un campo de relaciones de poder y lucha política» (Roth, 1981: 43; véase también Garland, 2014).

El historiador de la medicina Roger Cooter señala acertadamente que «el giro neural limita la voluntad y la posibilidad de su propia crítica» (2014: 147), otros autores exploran las variedades del «neuroescepticismo» desde una perspectiva epistemológica (Forest, 2014), y hay quienes polemizan con el «neuroentusiasmo» de los «neuroprofetas» contemporáneos (Hasler, 2013) o combaten la «dictadura del cerebro» y la opresión del «fundamentalismo cerebral» (Strasser, 2014: 49). Nosotros nos hemos beneficiado de sus trabajos e intentamos lidiar con el desafío de la neutralidad no a la manera exaltada de los detractores de la «neuromitología», la «neurobasura», la «neuromanía» o la «neurolocura», sino develando los presupuestos implícitos y la lógica interna de lo «neuro» y sus aplicaciones⁴. En algunos casos demostramos que «el rey va desnudo», pero ése es apenas un aspecto de nuestro proyecto, y probablemente no el más significativo. Como observan Jan de Vos y Ed

⁴ Además, a diferencia de críticos como el filósofo alemán Markus Gabriel (2015), quien parece estar convencido de haber acuñado el término «neurocentrismo», hemos tomado en cuenta el muy amplio corpus de resultados de investigación disponibles sobre ese fenómeno.

Pluth, limitarse a rechazar la afirmación de que «somos nuestros cerebros» supone perder de vista «el hecho crucial de que ya nos hemos transformado en personas-cerebro, tremendamente conscientes de que somos nuestros cerebros» (2016: 2). En lugar de negarla, entendemos la ideología de lo «neuro» como una realidad social, cultural y psicológica.

En este libro estudiamos críticamente diversas formas de subjetivación basadas en el cerebro, pero, al contrario de lo que plantean quienes nos reprochan que «exageramos», no perdemos de vista que, por más poderosa y persuasiva que sea, la perspectiva neurocéntrica no es hegemónica ni monolítica y sirve a intereses y valores que a veces son incompatibles entre sí. Consideramos que esa perspectiva *no depende en última instancia* de saberes científicos sobre el cerebro. A pesar de ello, y a pesar de que lo «neuro» carece del impacto radicalmente transformador que frecuentemente se le atribuye, a inicios del siglo XXI se manifiesta en una inmensa variedad de productos e iniciativas, desde manuales populares de autoayuda hasta el proyecto *Human Brain* y la iniciativa BRAIN⁵, lanzados en 2013 con una financiación de mil millones de euros y tres mil millones de dólares respectivamente.

Una característica central de ese universo es que, en lugar de constituir una jerarquía donde lo «científico» meramente inspira lo «popular», configura una suerte de maraña interminable en la que formas de conocimiento y práctica circulan en todas las direcciones, colisionando a veces, pero generalmente conduciéndose y alimentándose mutuamente⁶. Como ilustran los proyectos anteriormente mencionados, a principios del siglo XXI esos procesos pertenecen a un marco en el cual la neurociencia se ha convertido en «megaciencia» (*big science*) y se

⁵ BRAIN es la sigla de «Brain Research through Advancing Innovative Neurotechnologies» (Investigación del cerebro a través del avance de neurotecnologías innovadoras).

⁶ Los extremos del fenómeno se tocan: en 2014, la publicación de una carta de protesta firmada por cientos de neurocientíficos sacó a la luz las tensiones relacionadas con el proyecto *Human Brain* (HBP). Si bien los problemas principales atañían a la dirección del proyecto y su opacidad, así como a la escasa importancia que le concedía a algunas especialidades, la transmisión de esos desacuerdos a la esfera pública subrayó que desde el principio numerosos científicos habían cuestionado la lógica fundamental del proyecto. Incluso el lenguaje matizado del informe oficial de mediación demuestra que muchos especialistas han llegado a la conclusión de que el HBP fue vendido con base en afirmaciones irreales y promesas exageradas (Marquardt, 2015). Bartlett (2015) y Theil (2015) describen la controversia.